

# Jesús ante la política: luces para hacer frente a los conflictos actuales.

Casas Ramírez, Juan Alberto.

Cita:

Casas Ramírez, Juan Alberto, "*Jesús ante la política: luces para hacer frente a los conflictos actuales.*" *Reseña Bíblica* , no. 109 (2021): 58-68.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/juan.alberto.casas.ramirez/24>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/phNz/kP0>



Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons.  
Para ver una copia de esta licencia, visite  
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es>.

*Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.*

# RESEÑA BÍBLICA

Nº 109 | 1 · 2021

en la  
**HISTORIA**

en el **IMPERIO  
romano**

# JESÚS de NAZARET

6,95€  
CANARIAS: 7,15€



EN EL  
JUDAÍSMO

EN EL  
CRISTIANISMO

ANTE  
LA POLÍTICA



Reseña Bíblica. Revista trimestral de la Asociación Bíblica Española

**EDITA:** Editorial Verbo Divino  
Suscripciones: 948 556 510  
publicaciones@verbodivino.es

**DIRECTOR RESEÑA BÍBLICA**  
Jaime Vázquez Allegue

**SUBDIRECTOR**  
Pedro Barrado Fernández

**REDACCIÓN**  
**Arqueología**  
Juan Luis Montero Fenollós

**Dossier**  
Estela Aldave Medrano

**Actualidad**  
Ianire Angulo

**Sección abierta**  
Jaime Vázquez Allegue

**América**  
María José Schultz

**REVISIÓN LITERARIA**  
Pedro Barrado Fernández

**DISEÑO Y MAQUETACIÓN**  
Ideas Editoriales

**ASOCIACIÓN BÍBLICA ESPAÑOLA**

**Directora**  
Carmen Bernabé

**Subdirector**  
Juan Chapa

**Secretario**  
Lorenzo de Santos

**Vocales**  
Carmen Yebra, Alberto de Mingo,  
Carlos Gil Arbiol, Estela Aldave

ISSN: 1134-5233  
DEP. LEGAL: NA 528-2015

# Sumario

<b>EDITORIAL</b>	<b>05</b>
<b>ARQUEOLOGÍA BÍBLICA</b> Por Juan Luis Montero Fenollós	<b>06</b>
<b>SECCIÓN ABIERTA</b>	<b>10</b>
El Museo Bíblico de Montserrat Por Jordi Cervera i Valls	10
<b>DOSSIER. Jesús de Nazaret</b>	<b>14</b>
<b>Presentación</b> Por Carlos Gil Arbiol	15
<b>Jesús y la historia: fuentes, historicidad y fiabilidad</b> Por Carmen Bernabé	16
<b>Jesús y su vida en el Imperio romano</b> Por Rafael Aguirre	26
<b>Jesús y el judaísmo de su tiempo: conflicto y muerte</b> Por Carlos Gil Arbiol	36
<b>Jesús y el nacimiento del cristianismo: su memoria en disputa</b> Por Ana Rodríguez Laiz	48
<b>Jesús ante la política: luces para hacer frente a los conflictos actuales</b> Por Juan Alberto Casas Ramírez	58
<b>ACTUALIDAD</b> Por Ianire Angulo	<b>69</b>
<b>AMÉRICA</b> Por María José Schultz	<b>74</b>

## Próximo número *Reseña Bíblica* 110 (Junio 2021)

**TÍTULO:** Santiago

**ARTÍCULOS:**

- "La peregrinación en el Oriente bíblico"  
Por José Antonio Castro Lodeiro
- "El Apóstol Santiago, el Hijo del Trueno"  
Por José Fernández Lago
- "Arte e iconografías jacobeanas"  
Por David Chao Castro y Dolores Fraga Sampedro
- "El Camino a Santiago en la génesis de Europa"  
Por Francisco Buide del Real
- "El Pórtico de la Gloria: la visión de la Jerusalén celeste"  
Por Elisardo Temperán Villaverde

# Jesús de Nazaret



JESÚS Y LA HISTORIA: FUENTES, HISTORICIDAD Y FIABILIDAD .....	pp. 17-25
JESÚS Y SU VIDA EN EL IMPERIO ROMANO .....	pp. 26-35
JESÚS Y EL JUDAISMO DE SU TIEMPO .....	pp. 36-47
JESÚS Y EL NACIMIENTO DEL CRISTIANISMO .....	pp. 48-57
JESÚS ANTE LA POLÍTICA .....	pp. 58-68

## Sus diferentes dimensiones

Carlos Gil Arbiol

Jesús de Nazaret es, probablemente, la figura humana más importante e influyente en la historia reciente de la humanidad. No hay otra persona cuya vida, memoria e influencia haya determinado tanto la historia posterior, bien por la adhesión, bien por las controversias que ha generado. El tiempo en Occidente se cuenta a partir de su nacimiento (o de su cálculo erróneo); sus seguidores iniciaron un movimiento que ha resultado con los siglos la religión con más fieles del mundo; sus dichos y hechos, recogidos en escritos posteriores, han sido los más comentados, interpretados, manipulados y actualizados de todos los tiempos; su propuesta y sentido de vida ha apasionado, sorprendido, desarmado, empoderado, violentado o dignificado a más personas que ninguna otra forma de vida; la cultura y la historia de nuestro tiempo no se puede comprender sin conocer su influencia y no se pueden descubrir las manipulaciones e intereses creados en torno a él sin un crítico estudio de su vida.

Muchos cristianos dan por supuesto que Jesús existió y que las evidencias sobre su vida son incontestables; por su parte, personas hipercríticas consideran que todos los datos históricos sobre él son resultado de una manipulación cristiana y, por tanto, concluyen que Jesús es una invención. Ambas posturas son, cada vez, más residuales y gana terreno aquella que considera plausible la existencia de Jesús, aunque mantenga cautelas sobre lo que podemos saber con certeza de su vida. Resulta útil distinguir con claridad las diversas imágenes de Jesús y sus diferentes dimensiones. No dice lo mismo de Jesús un historiador, un cineasta o un cristiano, por ejemplo; cada uno presenta dimensiones diferentes de su vida. Así, la fe cristiana dice de Jesús más cosas de las que puede afirmar un historiador; y esto es legítimo y co-

recto. Un cristiano puede decir que Jesús es el Hijo de Dios sin que esto obligue al historiador a tener que demostrarlo o desmentirlo. La fe de ese cristiano no podría afirmar, sin embargo, algo que un historiador pudiera desmentir históricamente, puesto que esa fe confiesa la encarnación histórica del Hijo de Dios y la aceptación de las limitaciones históricas; así lo afirmaba Joseph Ratzinger siendo Papa: "Para la fe bíblica es fundamental referirse a acontecimientos históricos reales [...] Et incarnatus est: con estas palabras profesamos el ingreso efectivo de Dios en la historia real. [...] Así pues, si la historia, lo fáctico, forma parte esencial de la fe cristiana en este sentido, esta debe someterse al método histórico. La misma fe cristiana lo exige". Sin embargo, hay muchos ámbitos difusos y borrosos donde las opiniones de exégetas e historiadores difieren entre sí, aunque resulta muy difícil llegar a un punto de contradicción por la escasez de evidencias históricas. No es objeto de ninguno de los artículos de esta revista entrar en este debate, sino ofrecer algunas características de la imagen más plausible y coherente históricamente de Jesús, aquella que es terreno compartido por creyentes y no creyentes. En el primer artículo, vamos a descubrir los criterios que los métodos histórico-críticos han utilizado para rescatar lo que podemos saber de Jesús con cierta seguridad, con algunos ejemplos. Teniendo en cuenta esos dichos y hechos más sólidos, veremos cómo su mensaje y opciones situaron a Jesús frente al Imperio romano y frente a las autoridades judías de su tiempo, dos ejes que determinan las coordenadas históricas de Jesús. Después, veremos cómo, tras su muerte, su memoria se desarrolló en direcciones diversas, a veces divergentes. Por último, sugeriremos algún ejemplo que descubra la actualidad de las opciones éticas y políticas de Jesús.

# Jesús ante la política: luces para hacer frente a los conflictos actuales

La política aborda la dimensión social del ser humano, el modo en que se tejen las relaciones y se busca el bien común. En tal sentido, el reino de Dios, considerado como el mensaje central de Jesús, además de brotar de los anhelos religiosos del pueblo judío, tiene una dimensión eminentemente política en cuanto que implica un modo particular de relación entre quienes han aceptado ser parte de los grupos discipulares. La "política del Reino" se enfrentó, como discurso y praxis de resistencia, a la "política del Imperio romano". De este modo propuso -y puede seguir proponiendo- escenarios alternativos para afrontar el conflicto y sus expresiones violentas.



**Juan Alberto Casas Ramírez**  
Pontificia Universidad Javeriana (Colombia)

En el mundo antiguo no había una división ni autonomía entre el ámbito político y el religioso. No era en vano que el Imperio romano adoptase y adaptase el panteón de los pueblos que conquistaba de tal modo que el culto ofrecido a las diferentes divinidades pretendiese propiciar y perpetuar la estabilidad política, expresada en el ámbito público por la llamada *pax augusta*. La provincia de Judea no fue la excepción, pues llegó a imponerse al templo de Jerusalén que uno de los sacrificios diarios fuese ofrecido como rogativa por el emperador. De este modo, los dioses, entre ellos el dios de los judíos, eran puestos al servicio de los intereses del Imperio.

No era en vano tampoco que el emperador fuese considerado como una figura sacerdotal, "pontífice máximo", intermedia-

rio privilegiado entre el mundo divino y el humano, cuya autoridad representaba la mismísima autoridad de los dioses. Tan solo pensar en rebelarse contra él no solo sería considerado como un delito político, sería una blasfemia en grado sumo, pues significaría declararse en contra de la voluntad divina. Así, en relación con Augusto, primer emperador propiamente hablando e iniciador de la dinastía Julio-Claudia, se tejieron leyendas que ratificaban su carácter divino. Por ejemplo, fue llamado *divi filii*, "hijo del divino", en referencia a su adopción por parte de su tío Julio César, divinizado póstumamente. Virgilio lo emparentó con Eneas, el legendario héroe fundador de Roma e, identificándolo con el dios Apolo, cantó su concepción virginal como "una criatura engendrada

en los cielos" (*Eneida*, Égloga IV). Suetonio retomó la leyenda del nacimiento prodigioso de Augusto y añadió que su madre, Acia, "antes de dar a luz, soñó que sus entrañas se elevaban hasta las estrellas y que se extendían por toda la órbita de la tierra y del cielo" (*Vida de los doce Césares*, "Augusto", 94). Una inscripción encontrada en la ciudad de Priene en honor a Augusto, el *kyrios* (señor) por excelencia, se refiere a este como "dios supremo" y "salvador", y al anuncio de su nacimiento con el término "evangelio" (buena noticia). La teología imperial fue, así, una estrategia de propaganda que aseguraba el orden y la sumisión por parte de los pueblos colonizados. Cualquier conflicto que existiese podía ser neutralizado con la inoculación de esta postura ideológica y religiosa.

Con este marco contextual se hace comprensible que los relatos sobre Jesús, narrados como cumplimiento y plenitud de las Escrituras judías –el Antiguo Testamento–, hayan recurrido a varias de las expresiones de la teología imperial –hijo de Dios, evangelio, señor, salvador...– y los resignificasen poniendo en entredicho su connotación cultural común para empezar a hacer referencia a Jesús y su mensaje. Quienes los escuchaban habrían captado su carácter subversivo y resistente, que propondría una cosmovisión alternativa a la del Imperio y sus lógicas legitimadoras de la opresión, las desigualdades y las violencias. Jesús era el Señor, el Hijo de Dios y el Salvador, no el emperador. El Evangelio –la buena noticia– era su anuncio de un Reino distinto y contrario al del Imperio. La paz otorgada por Cristo no era como

la que da el mundo (Jn 14,27), en alusión a la *pax romana*. Palabras griegas como *parusía*, empleadas para referirse a la llegada o "advenimiento" del emperador, fueron asumidas para aludir a la presencia glorificada de Cristo en la plenitud de la historia (1 Tes 4,15; Mt 24,3.27.37.39). Solo Dios y su Cristo eran dignos de postración, no el emperador o su imagen (Flp 2,9-11; Ap 5,8; 19,10; 22,8-9). Incluso se ha encontrado que varios de los himnos cristológicos del libro del Apocalipsis habrían tenido como prototipo himnarios populares que antes glorificaban al emperador y ahora eran dirigidos a Cristo como "Rey de las naciones" (Ap 15,3-4).

Varias de las parábolas atribuidas por los evangelistas a Jesús –más allá de su tradicional interpretación alegórica– plasmarían críticas soterradas al sistema imperial y se configurarían como auténticos discursos de resistencia

Por otra parte, varias de las parábolas atribuidas por los evangelistas a Jesús –más allá de su tradicional interpretación alegórica– plasmarían críticas soterradas al sistema imperial y se configurarían como auténticos discursos de resistencia: la imagen de "un hombre noble que marcha a un país lejano para recibir la investidura real y volverse" (Lc 19,12) puede aludir de forma verosímil a los reyes vasallos, como Arquelao, quienes requerían del reconocimiento y delegación expresa del emperador para legitimar su corona. El modo de obrar de dicho noble al tomar lo que no ha puesto y cosechar lo que no ha sembrado (Lc 19,22), además del modo arbitrario de exigir réditos a sus súbditos dando más al que tiene y quitando lo poco al que no tiene (Lc 19,26), no sería sino una radiografía de las expropiaciones y usura del sistema tributario, que, para mantener el *statu quo* de la élite, empobrecía cada vez más a las clases menos pudientes.

Parábolas referidas a viñedos, como la de Mc 12,1-12 o la de Mt 20,1-16, serían un fiel reflejo de la realidad del latifundismo: el conflicto por la tierra, su tenencia, su renta y la precariedad de los desposeídos, que se veían obligados a emplearse como jornaleros, sometidos a las arbitrariedades de los terratenientes. Los dichos y parábolas sobre la riqueza y el dinero plasmados en Lc 16–19 constituirían una denuncia de la acumulación ambiciosa de los bienes, que, además de acentuar la desigualdad expresada por el abismo existente entre ricos y pobres –como el que existe entre el rico y Lázaro, según Lc 16,19-26–, representan

una pena de muerte por inanición para la población marginada.

Un relato como la curación de un ciego mediante el uso de saliva (Mc 8,22-26; Jn 9,1-7) vendría a hacer de contrapeso a la leyenda propagandística sobre una curación milagrosa obrada por Vespasiano en Alejandría al escupir en los ojos de un ciego (Suetonio, *Vespasiano* I,7). La entrada "triumfal" en Jerusalén, además de retomar la profecía de Zac 9,9, se presentaría en paralelo con las procesiones imperiales que periódicamente se dirigían a la ciudad presidida por el gobernador romano de Idumea, Judea y Samaría.

Con dicho trasfondo, devolver "al César lo que es del César y lo que es de Dios, a Dios" (Mc 12,17), en lugar de ser entendido como una afirmación de la autonomía de la política –lo del César– con respecto a la religión –lo de Dios–, e incluso como un llamado a obedecer las disposiciones de la autoridad civil, por más tiránicas que estas sean –como en ocasiones se ha llegado a enseñar–, constituye una afrenta hacia la teología imperial, que no solo exigía tributos, sino también sumisión y veneración; para Jesús, estos solo se deben a Dios, y no al César. Aún más, en coherencia con el Salmo 24,1, "del Señor es la tierra y cuanto la llena", se llega a entender que "todo" es para Dios, mientras que "nada" es para el César.

Pero ¿cuál pudo ser el interés de los relatos sobre Jesús en enfrentarse de este modo al sistema político-religioso imperial? Desde finales del siglo I a.C., la ocupación romana en Judea y su continua represión política, económica y religiosa, que tuvo como clímax

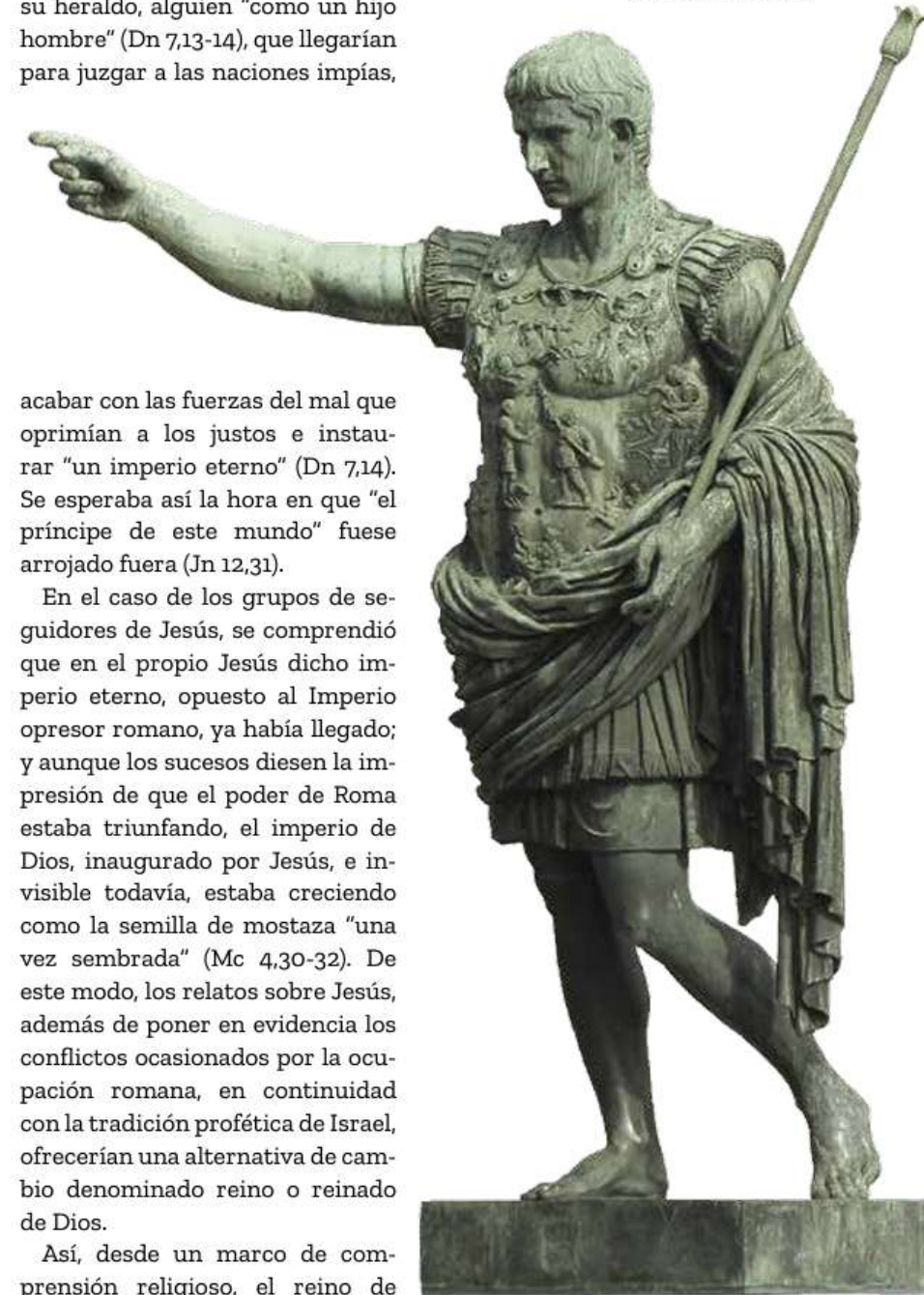
la destrucción de Jerusalén y del Templo en el año 70 d.C., alimentaron una ferviente expectativa apocalíptica que, entre otras fuentes –como el Salmo [apócrifo] de Salomón 17–, bebía de textos del Antiguo Testamento, como el libro de Daniel, en que se vislumbraba la irrupción definitiva de Dios y de su heraldo, alguien "como un hijo hombre" (Dn 7,13-14), que llegarían para juzgar a las naciones impías,

acabar con las fuerzas del mal que oprimían a los justos e instaurar "un imperio eterno" (Dn 7,14). Se esperaba así la hora en que "el príncipe de este mundo" fuese arrojado fuera (Jn 12,31).

En el caso de los grupos de seguidores de Jesús, se comprendió que en el propio Jesús dicho imperio eterno, opuesto al Imperio opresor romano, ya había llegado; y aunque los sucesos diesen la impresión de que el poder de Roma estaba triunfando, el imperio de Dios, inaugurado por Jesús, e invisible todavía, estaba creciendo como la semilla de mostaza "una vez sembrada" (Mc 4,30-32). De este modo, los relatos sobre Jesús, además de poner en evidencia los conflictos ocasionados por la ocupación romana, en continuidad con la tradición profética de Israel, ofrecerían una alternativa de cambio denominado reino o reinado de Dios.

Así, desde un marco de comprensión religioso, el reino de

Estatua del emperador Augusto en Roma



Dios sería la apuesta o "religión política de Jesús". Fue una apuesta "política", no en el sentido de un proyecto ideológico de toma del poder o del establecimiento de un gobierno de corte nacionalista, al estilo del propio Imperio o del de los grupos rebeldes judíos que se enfrentaban a él con la fuerza de las armas (inspirados en sus antepasados macabeos). De hecho, así como sabemos que Jesús nunca quiso "fundar" una religión, tampoco encontramos en él el interés por un sistema ético o político lógicamente estructurado.

El Reino es una postura política porque, basado en el ideal de la renovación de la alianza (Jr 31,31-34), pone en evidencia la dimensión comunitaria del creer en su sentido más simple de búsqueda del bien común a partir de un modo de asumir las relaciones entre las personas en términos de fraternidad –al menos, en principio, entre los miembros del pueblo de Israel– como consecuencia de un modo de entender la relación con Dios en términos de filiación (1 Jn 4,20-21).

Además, en continuidad con el espíritu profético, el Reino tiene un carácter político en cuanto que busca desenmascarar aquellas ac-

titudes idolátricas presentes en la sociedad, que tienden a divinizar lo que no es divino –gobernantes, leyes, estructuras, ideologías, el mercado– o que quieren manipular a Dios –haciéndose una imagen falsa de él– al ponerlo del lado propio y pretender que actúe según intereses y conveniencias particulares a través de prácticas rituales desligadas de la vivencia de la misericordia y la justicia (Mt 12,7). Tales actitudes idolátricas, en último término, acaban por sacrificar a los seres humanos más frágiles y vulnerables: los empobrecidos y marginados.

En efecto, los evangelios sinópticos presentan a Jesús como un apasionado por el Reino. Sus palabras giran en torno al Reino, sus acciones son signos del Reino. Para Jesús, el Reino es lo único absoluto ante lo cual todo lo demás es relativo: "Buscad primero el Reino y su justicia, y todas esas cosas se os darán por añadidura" (Mt 6,33). De hecho, las primeras palabras que el evangelio de Marcos pone en boca de Jesús tienen que ver con el Reino: "El tiempo se ha cumplido y el reino de Dios se ha acercado" (Mc 1,15). Para él, el Reino no solo era una realidad futura. Sus palabras y acciones

Los evangelios sinópticos presentan a Jesús como un apasionado por el Reino. Sus palabras giran en torno al Reino, sus acciones son signos del Reino. Para Jesús, el Reino es lo único absoluto ante lo cual todo lo demás es relativo



Pináculo del Templo. Jerusalén herodiana.  
Foto: Guillermo Martínez Vaz



A diferencia de las estructuras jerárquicas –presentes en el Imperio–, el grupo conformado por Jesús es una comunidad de iguales en la que el primado es tenido por los últimos, y, frente a los cuales, los demás están llamados a volcarse solidariamente a su servicio

exorcistas y curativas eran señal de la irrupción presente de la soberanía de Dios (Mt 12,28; Lc 17,21).

Paradójicamente, aunque fuese el corazón de su misión, los evangelios no señalan que Jesús propusiera una definición del reinado de Dios. Para referirse a él decía que “el Reino es como” o “semejante a...”, y recurría a comparaciones o parábolas tomadas de la experiencia cotidiana de sus interlocutores y su entorno rural (Mt 13,24.31.33.44.45.47). Ahora bien, aunque no lo definió, sí es posible inferir la comprensión que Jesús tenía del Reino a partir de sus palabras y acciones: a diferencia de los demás reinos –o imperios–, donde hay un rey frente al cual todos los demás son vasallos, en el reino de Dios no hay reyes: Jesús nunca afirma que Dios sea rey. El modo en que se dirige a Dios es en términos filiales: “Padre, papá”. Por ello, en el reino de Dios solo hay un Padre, frente al cual no hay súbditos, sino hijos, quienes, por tanto, más que ser receptores de los premios o castigos de un rey tiránico, son los destinatarios del amor incondicional y gratuito de un Dios que es Padre de todos.



Como consecuencia, si en el Reino la relación con Dios se comprende en términos de paternidad y filiación, ello significa que la relación entre los seres humanos deberá entenderse en términos de fraternidad. No es casual que, según Marcos, la primera acción de Jesús, habiendo iniciado el anuncio del Reino, consistiera en la convocación y conformación de una comunidad de seguidores (Mc 1,16-20), cuyo número –doce– evocaría el deseo de renovación de Israel (Mc 3,13, en referencia a las “doce tribus”), y cuyo trato mutuo implicaría una inversión de las lógicas del poder que rigen en el sistema imperial (Mc 10,42-44). Es el servicio, y no el dominio, el criterio que rige las relaciones entre los discípulos.

A ese respecto, es sugerente que, en una sociedad patriarcal como la de Jesús –en que el ámbito públi-

co es exclusivo del varón, mientras que la mujer se ve confinada al espacio doméstico en función de su rol esponsal-maternal–, se mencione a varias mujeres entre sus seguidores realizando acciones típicas del discipulado: escuchar, seguir y servir a Jesús (Mc 15,40-41; Lc 8,1-3; 10,38-42). Más aún, los evangelios son unánimes en resaltar el protagonismo de las mujeres en los relatos pascuales como primeras testigos del Resucitado. De este modo, el reino de Dios pone en cuestión estructuras, roles sociales y de género tenidos como naturales e inamovibles, y visibiliza a quienes históricamente han permanecido silenciados o subordinados para convertirlos en sujetos activos de la transformación de la realidad.

Por otra parte, según cierta interpretación del pensamiento veterotestamentario en términos

de justicia retributiva, se creía que había unos signos a través de los cuales se manifestaría la bendición de Dios en quienes le son fieles: tierra, descendencia y larga vida (Dt 11,9). Quienes tienen estas “dádivas” son considerados bendecidos por Dios. En contraste, la situación de los marginados, excluidos, miserables e inservibles era explicable porque habrían abandonado a Dios o habrían sido abandonados por él. Dios no los habría bendecido con la prosperidad, la riqueza, la salud y la buena fama, pues “algo malo habrían hecho” para merecer su destino (Jn 9,2). Pues bien, mientras la sociedad halaga a los exitosos y poderosos, el Reino contiene un mensaje contrario: dichosos los pobres, los que tienen hambre, los que lloran, los que son aborrecidos (Lc 6,22-23). ¡Ellos son los preferidos de Dios! Él no los ha abandonado, tampoco ha causado su sufrimiento; está con ellos y “sufrir con ellos”. Y si está con ellos no es porque estos sean más buenos, justos o fieles que los ricos o exitosos; es por su condición de vulnerabilidad, por ser las víctimas de una estructura social injusta que los excluye, degrada y olvida. Los que no son ni tienen nada –como los niños en el mundo antiguo– ahora son los propietarios del Reino (Mt 19,14). El Dios de Jesús, como un padre bueno, ama a todos sus hijos, pero con un amor discriminado a favor de los pequeños, los pisoteados, los débiles. Ellos son los destinatarios primordiales del Evangelio (Lc 4,17-19).





Así, a diferencia de las estructuras jerárquicas –presentes en el Imperio–, el grupo conformado por Jesús es una comunidad de iguales en la que el primado es tenido por los últimos, y frente a los cuales los demás están llamados a volcarse solidariamente a su servicio.

Pero la buena noticia del Reino no se limita a señalar nominalmente a unos como destinatarios preferentes de la bienaventuranza. Jesús realiza en la práctica aquello que anuncia (Mt 4,23; 9,35). De ahí su preocupación por la salud (“salvación”) de las personas. Las

acciones sanadoras (curaciones) y liberadoras (exorcismos) tienen un carácter político en cuanto que manifiestan el poder de Dios, que expulsa a las fuerzas del mal que oprimen a los más débiles (Mt 12,28), cuyo cuerpo individual quebrantado viene a ser como un reflejo del cuerpo social igualmente vulnerado. Son también acciones políticas en cuanto que la sanación no solo cura la “afección” (dimensión biológica de la enfermedad) al restituir a los cuerpos individuales, sino que también libera del “mal” (dimensión social) al reintegrar a la persona a la matriz

comunitaria de la cual había sido excluida por su condición.

Asimismo, como una manera de poner en evidencia el carácter incluyente del reino de Dios, es usual encontrar en Jesús la práctica de una comensalía abierta. Sentarse a la mesa conlleva la necesidad de congeniar, de compartir la vida y consolidar relaciones entre iguales. Pero Jesús se sienta a la mesa con todos: con los fariseos (Lc 7,36) y con los recaudadores de impuestos y pecadores (Mt 9,11; Mc 2,16; Lc 5,29; 15,1-2); él compara al Reino con un banquete donde todos, buenos y malos, son invitados

(Mt 22,2-10; Lc 14,12-14). Frente al acaparamiento de los recursos que deja con hambre a los campesinos y pescadores, Jesús distribuye panes y peces hasta que todos se hayan saciado (Mt 14,13-21). Él es un maestro de la comensalía, y al comer con todos rompe las barreras de las clases sociales y los prejuicios morales: es un Reino para todos, donde todos parten y comparten del mismo pan.

En último término, anunciar un Reino en medio del Imperio equivale a decir que la justicia del Imperio no funciona, que las relaciones sociales que se construyen en él son perversas, que el gran César no es quien tiene la última palabra en el destino de los pueblos; que por ello se justifica soñar

con un nuevo modo de vida, un modelo alternativo de relaciones humanas. Por tal razón, la praxis de Jesús no puede ser reducida a ámbitos puramente religiosos o espirituales; su propuesta incide y desafía directamente a la sociedad, a la economía y a la política, y ello explica las causas de su asesinato: se le imputó el delito de hacerse rey enfrentándose al César, y por ello obtuvo la pena destinada para los crímenes políticos de rebelión, siendo crucificado como uno más entre rebeldes (Jn 19,3.12-21).

#### ACTUALIDAD DEL MENSAJE DEL REINO PARA LOS PUEBLOS EN SITUACIÓN DE CONFLICTO

No en pocas ocasiones a lo largo de la historia de la civilización occidental la Biblia ha sido utilizada para legitimar, perpetuar y hasta divinizar estructuras sociales, políticas, religiosas y económicas verticales, patriarcales, totalitarias y excluyentes. Paradójicamente, sus textos, escritos para dar vida y libertad, han sido frecuentemente manipulados para atemorizar, oprimir, perseguir, excluir, saquear, segregar, discriminar, esclavizar y hasta matar. Surge la pregunta sobre quién se convirtió a quién: ¿el Imperio se convirtió al cristianismo con su mensaje del reino de Dios o fue el cristianismo el que se convirtió al Imperio, olvidándose del Reino? Sin embargo, son cada vez más las comunidades creyentes, incluso en medio de la precariedad y del conflicto, que han tomado conciencia del carácter emancipador que puede tener el texto bíblico cuando es leído desde la óptica del reinado de Dios.

Ciertamente, el conflicto es una dimensión connatural de la vida social. Esto puede significar una oportunidad de crecimiento mutuo y de madurez cuando es asumido con actitudes empáticas, dialógicas y abiertas al compromiso de cambio, especialmente en favor de las partes más débiles o vulnerables involucradas. Por ello, cuando se afronta el conflicto no con el deseo de cooperar para su superación, sino con la intención de salir vencedor, cuando se recurre a cualquier forma de violencia –incluso queriendo justificarla como autodefensa– con la pretensión de eliminar, neutralizar o silenciar a la parte opuesta, lo único que se consigue es intensificarlo al propiciar espirales de resentimiento, dolor y venganza. La evasión, indiferencia, neutralidad, distanciamiento o negación –a veces revestidas de una falsa prudencia– tampoco funcionan como solución, ya que, además de postergar la confrontación, terminan por convertirse en cómplices silenciosas de la injusticia y la muerte.

De acuerdo con la propuesta de Jesús, pero evitando caer en la tentación de preconcebir “fórmulas universalizables” –que omiten la siempre necesaria lectura atenta de la realidad y sus particularidades–, el conflicto podría ser abordado desde dos frentes: por una parte, como resistencia y denuncia profética de las estructuras injustas, opresoras e idolátricas; por otra, como “vuelco” misericordioso y solidario a favor de los victimizados y oprimidos.

En primer lugar, “ponerse” al servicio del Reino implica “oponerse” a los criterios del Imperio,

“Ponerse” al servicio del Reino implica “oponerse” a los criterios del Imperio, de los que ponen la ley o el mercado por encima de la dignidad humana. No es posible servir al Reino y permanecer indiferente ante la injusticia o el dolor de otros

de los que ponen la ley o el mercado por encima de la dignidad humana. No es posible servir al Reino y permanecer indiferente ante la injusticia o el dolor de otros. El Reino lleva a tomar partido –no concibe ninguna posición neutral–, a denunciar la mentira, a incomodar a los violentos, a los indiferentes, a los corruptos. Quien se compromete en la apuesta del Reino es consciente de que deja en un segundo plano sus intereses, conveniencias y comodidades, poniendo en riesgo su honra y hasta su propia vida.

En segundo lugar, no se puede olvidar que las narraciones sobre Jesús presentes en los evangelios tienen como eje dramático los relatos de la pasión y muerte de Jesús. De este modo, los grupos discipulares de finales del siglo I llegaron a leer su propia experiencia de trauma –como la guerra del año 70– a la luz de la experiencia de fracaso y de victimización del propio Jesús. Así, en un mundo donde la historia es escrita por los vencedores, el relato sobre un crucificado, además de ofrecer sentido y resiliencia a otras víctimas, se configuró como un memorial que narra los acontecimientos desde la perspectiva de los vencidos y como una expresión de protesta ante la violencia y la muerte, que clama por la verdad y no por la repetición. Decirse seguidor de un crucificado significa optar por los crucificados de la historia –pero no en un sentido paternalista o asistencialista–, escuchar su clamor, luchar por eliminar las causas que los llevaron a su suplicio y comprometerse con la no repetición de este.

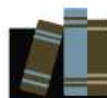
En tal sentido, también quienes

En un mundo donde la historia es escrita por los vencedores, el relato sobre un crucificado, además de ofrecer sentido y resiliencia a otras víctimas, se configuró como un memorial que narra los acontecimientos desde la perspectiva de los vencidos

ejercen la violencia o participan de ella son víctimas de sus propias acciones y de las estructuras que los han conducido a obrar de ese modo; por ello, también pueden llegar a ser destinatarios de la misericordia, expresada como perdón, en cuanto actitud sanadora –liberadora– por parte de las víctimas –que en ningún caso es exigible a estas– y como mediación de la conversión –liberación– de los victimarios. De este modo,

la justicia deja de ser asumida como una forma de venganza socialmente aceptada –perspectiva retributiva– y pasa a entenderse como el proceso gratuito –en términos de gracia– de restauración y reinserción comunitaria del ofensor, de reparación del daño causado y de compromiso con la verdad y la no repetición –perspectiva restaurativa– (Lc 19,1-10).

Finalmente, ambas actitudes confluyen en la apuesta por una sociedad alternativa a partir de la conformación de comunidades resilientes, resistentes, plurales, misericordiosas y abiertas a los diferentes, vulnerados y excluidos. Hoy sabemos que la fuerza de la conversión en los grupos seguidores de Jesús durante el siglo I no se centró en las fórmulas de fe o contenidos doctrinales, sino en el modo en que en estos se acogía a las personas y se trataban mutuamente, eliminando cualquier sesgo étnico, de clase social o de sexo (Gal 3,28). Dos milenios después, el cristianismo se juega su credibilidad y permanencia en el ámbito de la sociedad secular si –y solo si– es capaz de retomar de forma genuina esta dimensión política del mensaje de Jesús.



#### BIBLIOGRAFÍA

- > **W. CARTER**, *El Imperio romano y el Nuevo Testamento*, Verbo Divino, Estella 2011.
- > **R. HORSLEY y N. A. SILBERMAN**, *La revolución del Reino. Cómo Jesús y Pablo transformaron el mundo antiguo*, Sal Terrae, Santander 2005.
- > **C. E. ROMÁN y OTROS**, *Jesús y el conflicto*, Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá 2019.